

**L**AS elecciones de nuevos concejales para el Ayuntamiento de Barcelona han conseguido crear una cierta expectación pública. No tanta como han subrayado algunas notas oficiales, ni tan poca como pasadas ediciones electorales de este tipo. Había una expectativa condicionada por la personalidad de alguno de los candidatos: el señor Tarragona, coalición personal e intransferible de Cambó y don Alejandro Lerroux; el señor Mas Sala, hasta hace poco secretario del combativo Colegio de Aparejadores y Arquitectos Técnicos; el señor Thió, un implacable crítico de los problemas urbanos de la ciudad, y finalmente, el señor Rodríguez Ocaña, obrero de nacimiento, vida y muerte, obrero de verdad, no de esos obreros-burócratas que de vez en cuando se prefabrican en los laboratorios de misteriosas representatividades.



Rodríguez Ocaña, segundo por la derecha, con otros candidatos, entre ellos Eduardo Tarragona.

## RODRIGUEZ OCAÑA: EL OBRERO QUE QUISO SER CONCEJAL

Tarragona y Rodríguez Ocaña consiguieron la victoria. Tarragona tiene una imagen pública creada, inspira confianza y es hoy por hoy el hombre-índice de las clases medias barcelonesas que peinan canas. Rodríguez Ocaña triunfó sorprendentemente tras una batalla electoral barata, clara y sencilla. El obrero nacido en Jaén hace cincuenta y un años se presentaba a sus posibles electores con estas sencillas palabras: «Mi vida ha sido la de tantos otros que se han visto obligados a dejar su tierra natal para buscar trabajo en Barcelona. Respecto a mis ideas puedo resumirlas en pocas palabras: sólo los trabajadores están interesados en resolver los problemas de los trabajadores. Sólo los vecinos de los barrios están interesados en resolver los problemas de los barrios».

La candidatura de Rodríguez Ocaña se dilucidaba en los barrios límites de la ciudad, los crecidos como consecuencia de un mercado de trabajo incontrolado, de una explosión demográfica suprema, de una inmigración acelerada, de una falta de planeación urbanística indignante, de una especulación que pide a gritos la formación de un Tribunal especial de investigación. Desde su feudo en el barrio de la Trinidad, Rodríguez Ocaña ha presenciado, al igual que sus vecinos, las idas y venidas del nuevo alcalde en mangas de camisa, recorriendo escombros, desagües, un paisaje de improvisación y cohibencia que ha afectado a la primera autoridad municipal hasta el punto de, según se dice, acariciar la idea de dimitir. La Barcelona que ha heredado Masó dista mucho de ser la breva que pregonaban los panegíricos de despedida de Porcioles. Y una de dos: o en las veinticuatro horas de relevo de poderes se vinieron abajo todas las magnificencias, o tales magnificencias jamás existieron. Los vecinos de los barrios donde vive Rodríguez Ocaña se han agrupado para defender sus derechos y han recurrido en ocasiones a manifestaciones masivas para conseguir derechos mínimos de ciudadanía: agua, luz, higiene pública, colegios. Son nueve barrios conflictivos que hasta ahora sólo habían servido para el enriquecimiento de sus constructores y

algun desgarro de vestiduras de comentaristas de información local. El propio Rodríguez Ocaña lo dijo durante su campaña electoral: «Detallar en palabras los problemas del distrito es imposible. El abandono de nuestros barrios está a la luz del día para penuria de unos y vergüenza de otros, como incluso el alcalde ha reconocido. Falta agua y servicios elementales. Calles sin asfaltar, sin cloacas, sin casi alumbrado. Malas comunicaciones. Falta escuelas, guarderías, ambulatorios, centros sociales... A esta situación debe añadirse los nuevos proyectos municipales (Cinturón de Ronda, Plan Parcial, autopistas...) que representan expropiaciones, desaparición de posibles espacios verdes, especulación, aislamiento de barrios por las nuevas vías».

Rodríguez Ocaña basó su campaña en el contacto directo piso por piso con sus posibles electores. El o su equipo de sostenedores iban a los pisos y entablaban conversación. A los pocos segundos ya sabían a qué atenerse: aquel hombre hablaba el lenguaje que podían entender y prometía enfrentarse a problemas reales. Básicamente, sus promesas eran éstas:

— Informar a los vecinos de todos los proyectos del Ayuntamiento.

— Llevar al Ayuntamiento únicamente las exigencias que los vecinos planteen en reuniones y asambleas por barrios. Las decisiones de las asambleas de Asociaciones de Vecinos tienen gran autoridad y deben ser respetadas por el Ayuntamiento.

— Estar a disposición del vecindario. Dedicaré todas las tardes a mi trabajo de concejal.

— Trabajaré con personas capaces de colaborar eficazmente en mi trabajo. Asociaciones de Vecinos, asis-

tentes sociales, abogados, urbanistas... que en su labor demuestran competencia y voluntad de defender los intereses de los barrios.

— Delante de planes municipales de envergadura, expropiaciones, desaparición de espacios públicos, convocaré a los vecinos para tomar decisiones. Nadie debe ser desahuciado de su casa, si no es a cambio de una vivienda digna en el barrio a un 10 por 100 de su salario. Los terrenos de Pegaso y Renfe deben ser de utilidad pública del distrito: fomentar vida asociativa, divulgar presupuesto municipal, tener el cargo a disposición de los vecinos, defender elección democrática alcalde.

— Con mi salario entraré en el Ayuntamiento y con mi salario saldré de él.

— No quiero hacer promesas personales, ni soy un personaje ni tengo amistades influyentes (los que las tenían prometieron mucho y no han dado nada); lo único que poseo es la experiencia de muchos años de vivir y luchar en este distrito, especialmente como miembro activo de la Asociación de Vecinos de Nueve Barrios; creo que nadie tiene más autoridad para decir que hará una cosa que aquel que lleva dieciséis años haciéndola».

La ciudad «apostada» contempló inicialmente con una cierta ironía la batalla electoral del «Jaenero». La ciudad «crítica», con un cierto escepticismo y una convicción general de que nada podría hacer un francotirador ni para llegar al Ayuntamiento, ni para cambiar nada en el caso de que estuviera dentro. Tanto la ironía como el escepticismo fueron desapareciendo a medida que se daban cuenta del fenómeno de polarización popular

que representaba Rodríguez Ocaña. Polarizaba porque estimulaba el proceso de identificación de las masas, y su victoria, tan sustancial como la de Tarragona, era también producto de su papel de hombre-índice de la conciencia de unos sectores sociales.

Pero tal vez precisamente por eso, Rodríguez Ocaña, de momento, no ocupará la concejalía que se había ganado con votos. En el mismo momento de la proclamación oficial de vencedores, la Junta Electoral impugnó la elección de Rodríguez Ocaña «... porque no había presentado las cuentas de su campaña en el plazo de las cuarenta y ocho horas posteriores al conocimiento del resultado». El representante de Rodríguez Ocaña llevaba las cuentas en el momento de la impugnación. De nada valió.

Quince mil electores quedaban chasqueados y recibían el apoyo de veinte mil electores de los cuatro últimos candidatos que apoyaron a Rodríguez Ocaña inmediatamente después de conocer la decisión de la Junta. Con la excepción del segundo clasificado, señor Guasch, automáticamente convertido en concejal, los restantes candidatos del Distrito IV elevaron un escrito al Ministerio de la Gobernación protestando contra la, en su opinión, «arbitrariedad» cometida contra Rodríguez Ocaña.

Porque a arbitrariedad sonaba el que se utilizara el argumento de las cuentas para desposeer a uno de los elegidos que tenía las cuentas más claras: vive de su trabajo en una fábrica, vive entre las gentes cuyos derechos quiere defender, no se mostraba susceptible a componendas presentes ni futuras, se gastó sus ahorros, su tiempo y el tiempo de sus entusiastas para financiar la campaña.

Las cuentas estaban excesivamente claras. ■ M. VAZQUEZ MONTALBAN.